

Filosofía para no filósofos

Para Iván y Samy, filósofos
de corta edad, pero de gran tamaño.

¿Quiénes son los no filósofos y qué es la filosofía? Contestar a la pregunta sobre quiénes no son filósofos es relativamente fácil, y la respuesta es simple: son los que no estudiaron filosofía, quienes no poseen el título académico de filósofo. En este sentido, resulta casi un hecho que pocos hombres o mujeres sean filósofos o filósofas, pero esto no es necesariamente así.

Los no filósofos en sentido estricto *no existen*, pues todo ser humano, en algún momento de su vida, ha practicado la filosofía aun sin saberlo; esto es, se ha hecho preguntas, ha intentado comprender a los otros y comprenderse a sí mismo, se ha cuestionado su origen y el del cosmos, le ha preocupado saber quién es y qué lo hace ser lo que es. También le ha intrigado saber cuál es su finalidad en el mundo e, incluso, ha interrogado sobre distintos aspectos de éste: Dios, el bien, el mal, la virtud, los valores, lo que son las cosas y cómo es posible conocerlas, el comportamiento moral, la política, el sentido de la vida, la muerte, etcétera.

En palabras de José María Calvo, “el ser humano es filósofo por naturaleza y, si se le ofrece la oportunidad, se hace preguntas a todas las edades” (Calvo, 2003: 36). Gracias a ellas descubrimos, más tarde o más temprano –como escribieron Ronald Duncan y Miranda Weston-Smith–, que “Comparada con el estanque del conocimiento, nuestra ignorancia es atlántica” (Duncan y Weston-Smith, 1996: 7). Pero las cuestiones que apenas he referido no tendrían razón de ser si no se partiera de una necesidad real de conocer sus respuestas. De ahí que el filósofo problematice lo que se da por sentado a partir del vacío; de la falta, de la ausencia de saber que experimenta;

ese déficit o carencia de conocimiento del que se sabe objeto, que le caracteriza y distingue. Por ello, Calvo sugiere que “Para apropiarse de un problema filosófico no es importante entenderlo, *hace falta vivirlo*, sentirlo en la piel, dramatizarlo, sufrirlo, padecerlo, sentirse amenazado por él” (Calvo, 2003: VIII) [cursivas de GIM]. De aquí se desprende la idea de que la filosofía no es algo que *se aprende*, sino algo que *se hace*.

Es desde esta perspectiva que J. M. Bochenski llegó a decir: “Por muy raro que parezca, probablemente no hay hombre que no filosofe. O, por lo menos, todo hombre tiene momentos en su vida en que se convierte en filósofo” (Bochenski, 1976: 21). Desde la óptica de este autor, todos filosofamos y, lo más importante en sentido estricto, no tenemos otro remedio que filosofar. Quien filosofa no se ha quedado ahogado en su asombro o impávido ante la inmensidad de las preguntas; ha intentado *explicar –y explicar-se–* su situación en el universo.

La filosofía, afirma W. K. C. Guthrie, “comenzó por la creencia de que detrás de este caos aparente existen una permanencia oculta y una unidad, discernibles por la mente, si no por los sentidos” (Guthrie, 1973: 30). Permanencia y unidad que buscan ser dilucidadas. Desde hace tiempo, tengo la impresión de ver en todo ser humano la existencia de una condición *pre-filosófica* que lo mueve a pensar. La historia muestra cómo en ese afán por comprender las cosas que acontecen pueden caber la fe o la razón. La mezcla de ambas dio origen, en su momento, al mito; el predominio de la primera hizo lo propio con la religión, mientras que la segunda propició el nacimiento de la filosofía y la ciencia. Como sabemos, la distinción entre estos últimos términos no existía entre los griegos. Y la palabra filosofía, como tal, tampoco se hallaba en el vocabulario de los antiguos mexicanos.

Los que se dedicaban a esa labor de ordenar las interpretaciones más profundas de la existencia de esas comunidades altamente desarrolladas se denominaron amantes de la sabiduría (en griego filósofos, en azteca tlamatinime). Eran los que podían dar cuenta de forma ordenada y racionalizada de los diversos modos de saber, es decir, que relacionaban las observaciones astronómicas, descubrimientos matemáticos, etcétera, con las experiencias agrícolas, los saberes medicinales y con los recuerdos de las gestas de los pueblos. (Dussel, 2009)

Samuel Ramos, en su *Historia de la filosofía en México*, no sólo reconoce en nuestros antepasados el impulso de conocer y explicar los fenómenos naturales, sino que subraya: “La necesidad de ordenar y reducir a ciertas unidades el mundo de la representación surge en el primitivo como un imperativo vital para librarse del temor que le causa el mundo desordenado y caótico” (Ramos, 1993: 25). Esto dio lugar a una fase mágica del pensamiento, sustituida más tarde por la filosofía, a la que, según cuentan, Sócrates quiso mostrar como una actitud orientada al conocimiento, como una inclinación natural, como un *deseo de saber*, a la manera en que más tarde lo diría Aristóteles en su *Metafísica*.

Los filósofos muestran que la ignorancia es una cosa molesta. Ignorar es vivir en el infierno –aunque esto no equivalga necesariamente a sufrir, pues también puede uno regocijarse en la penuria–. Muchas veces, y esto no requiere mucha reflexión, vivir *sin saber algo* no necesariamente equivale a “vivir mal” o “a no poder vivir”. La gente vive –vivimos– ignorando cosas. Y no sólo vivimos, sino que *sobrevivimos* a pesar de nuestra insapiencia, así sin más. Muchas veces el ignorante vive feliz precisamente porque vive ignorando. Pero la filosofía, ligada al conocimiento y más aún al saber, busca que éste no sólo sea más, sino mejor; es decir, se empeña en que el saber gane en *extensión y profundidad*.

La filosofía se vincula, en esencia, con una condición de *bienestar*. De ahí que libre toda una batalla contra el desconocimiento y deba aprender, incluso, a lidiar con la inercia de lo aprendido. Vuelvo a las palabras de José María Calvo: “No se aprende lo que los filósofos han dicho, sino que se hace lo que ellos mismos han hecho” (Calvo, 2003: 35).

La filosofía, llegó a decir Manuel García Morente (1975) en un texto memorable, “es la miel que destila la abeja humana”, con lo cual quiso señalar que es un quehacer estrictamente

nuestro. Ningún otro ser, excepto el humano, intenta comprender el mundo y la vida. Por ello Miguel de Unamuno afirmó que *formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida misma* responde a una necesidad, pero también, agrega, a un sentimiento, a una actitud íntima y una acción. Para Unamuno la filosofía va más allá de las abstracciones; se vincula con actitudes y valoraciones. Por eso apunta:

Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir, un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física, de la geometría, de la filología, puede ser, y aun esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía, o es obra de integración, de concienciación, o no es sino filosofera, erudición pseudofilosófica. (Unamuno, 1993: 20)

Por otra parte, Victoria Camps ha dicho que “sólo el ser humano se hace preguntas y no debe dejar de hacérselas” (Camps, 1993: 5). Filosofar es, entonces, pensar, razonar, pero también comprender, dar cuenta, explicar, dar razones y justificar lo que se dice y se hace. Así, decir que los no filósofos no existen es apostar a que todos, en cualquier etapa de nuestra vida, nos hemos topado –o habremos de toparnos– con los grandes enigmas de la existencia humana, de cara a las *preguntas de la vida*, como las llamó Fernando Savater. Y no sólo eso, sino que no habremos de reducirnos al azoro o a la perplejidad en que tales incógnitas nos dejan, pues habremos de intentar, en la medida de nuestras fuerzas, responderlas. Al hacerlo, no será necesario entrar a una facultad de filosofía, es decir, formar parte de una comunidad de universitarios para intentar contestar aquellos interrogantes, sino hacerlo –siguiendo una expresión de Erich Fromm– en el *laboratorio de*

la vida cotidiana. Allí es donde se hacen patentes todas las cuestiones, de allí emanan las experiencias sobre las que es posible pensar. De esta forma, no se trata de preguntar si alguien es filósofo o no, sino de saber qué tan bueno o malo es. Y, al respecto, valdría decir que el estudio de la filosofía puede ayudar a alguien a ser mejor filósofo de lo que es por naturaleza y potencialmente. Entiendo aquí por filosofar a la acción que se vincula con la capacidad de asombro –tan menguada hoy día– y la de preguntar; esto es, inquirir, indagar. Pero, ¿qué estudia un filósofo? T. W. Moore ha dicho, por ejemplo, que “No existe un consenso acerca de lo que los filósofos hacen o deberían hacer” (Moore, 1998: 13). Por su parte, Jean-François Revel sostiene que todo es de incumbencia filosófica, por ello afirma: “Ninguna cuestión es filosóficamente sin objeto. Si lo es, debe ser fácil demostrarlo, lo que aún es filosofar” (Revel, 1974: 6).

La filosofía se relaciona con nuestra naturaleza y nuestro destino. Platón, en el *Teeteto*, refiere que Sócrates le dijo a Teodoro, haciendo referencia a Tales de Mileto:

Éste, cuando estudiaba los astros se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una sirvienta tracia, ingeniosa y simpática, se burlaba de él, porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies. La misma burla –continúa Sócrates– podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía. En realidad, a una persona así le pasan desapercibidos sus próximos y vecinos, y no solamente desconoce qué es lo que hacen, sino el hecho mismo de que sean hombres o cualquier otra criatura. Sin embargo, cuando se trata de saber qué es en verdad el hombre y qué le corresponde hacer o sufrir a una naturaleza como la suya, a diferencia de los demás seres, pone todo su esfuerzo en investigarlo y examinarlo atentamente. (Platón, 2000: 174ab)

¿Qué es entonces filosofar? Y más aún, ¿qué es filosofía? Estamos ante la segunda pregunta, cuestión mucho más difícil que la primera. Etimológicamente, filosofía quiere decir “amor por la sabiduría” o “amor por el saber”. Pero esto dice realmente poco, porque ¿de qué tipo de amor hablamos?, ¿qué es saber?, ¿tiene éste algún vínculo con el conocimiento?, ¿son lo mismo? De no ser así, ¿en qué difieren?, ¿a qué llamamos sabiduría?, ¿es ésta una condición o tan sólo una aspiración?, ¿puede verdaderamente alguien

alcanzar la sabiduría?, ¿cómo saberlo? Intentar responder a estas cuestiones *es ya filosofar*. Y es que, como dijera maravillosamente Antonio Caso: “Hallar la verdad desde luego, sin aproximaciones ni tanteos, sería excelente; pero investigarla, constantemente, sin lograr alcanzarla jamás, es acaso nuestro mayor bien” (Caso, 2001-I: 168).

La filosofía es algo que el ser humano ha hecho desde hace siglos y, como recomienda Victoria Camps, esperamos que siga haciendo. *La filosofía es un hacer*. Eduardo Nicol sostiene, para completar lo anterior, que es una *vocación* vital; es decir, algo a lo que todos los seres humanos estamos llamados. Él mismo dirá que el hombre, al ser literalmente *onto-lógico*, es un ser capaz de hablar de otros seres. El hombre, al constituirse como un ser de pensamiento, es también un ser de palabras. Y la filosofía tiene un deber con ellas.

Jean-François Revel llegó a criticarles a los filósofos el hecho de hablar de un vocabulario y una técnica filosóficos. Por ello dijo: “Un filósofo digno de ese nombre no puede, en consecuencia, encontrarse molesto porque su interlocutor no conozca el vocabulario: responde *con* su vocabulario y es todo. *Expresa* su pensamiento por medio de ese vocabulario que está hecho, hasta nuevo aviso, para *permitir* la comunicación y no para impedirla” (Revel, 1974: 9). Tenemos aquí una cuestión esencial: *la verdad filosófica es comunicable*. La filosofía, entonces, no sólo es un hacer sino una *forma de hablar*. “Hablar de esto y de lo otro y de lo más allá, con amor” (Nicol, 1990: 28). El mismo filósofo nos sugiere:

[...] hay una forma del hablar sublime que no dice nada si no es palabra de amor. Esto es filosofía. También la filosofía habla de esto y de lo otro. Si no es con amor, o por amor, no es *philo-sophía*. No insistir en la *philia*, que es raíz y esencia y fuego de la *sophía*, puede ser recurso de timidez o modestia. La filosofía se ofrece como palabra de razón; la cual no es más que su escudo, que oculta que ella es palabra de amor. De amor por el ser, por esto, eso o aquello; y también, claro está, de amor por la misma razón. (Nicol, 1990: 28)

Nada dentro de la filosofía nos es ajeno, y la filosofía lo estudia todo. En expresión de Savater, la filosofía “abarca más que aprieta”, pues son muchas sus preocupaciones y pocas, poquísimas, sus respuestas. Todo lo tratado por

ella se vincula a nosotros, pero toca temas en los que no habíamos reparado. Éste es, me parece, el principio básico de la filosofía: *reparar*, parar constante, repetidamente frente a *lo mismo*. Quiero decir con ello que la filosofía gira o se mueve en círculos concéntricos. Es necesario volver la vista atrás para marchar de frente. Es un regresar *para encarrerarse*, para efectuar una empresa aún más fuerte, consistente o insistente, para decirlo como es.

La filosofía tiene que ver con un *insistir*. Es un taladreo constante en pos de penetrar las entrañas mismas de la realidad para conocerla y comprenderla, para explicarla y cuestionarla, para criticarla y transformarla. Filosofar es entonces penetrar, acceder a la realidad, *abrirse camino*. Y esa tarea se relaciona con un *develamiento*, con un *desocultamiento*. De ahí que Heidegger viera la verdad como *alétheia*, como un “recorrer el velo”, como eliminar todo aquello que nos impide ver la realidad tal cual es.

Enseñar filosofía es así enseñar a filosofar, a descubrir que hay en la realidad un aspecto evidente y otro latente; uno que se muestra a los sentidos y otro que sólo es asequible a la razón; uno que es aparente y otro real. Enseñar a filosofar es también enseñar a no ser dogmático. Los dogmas se ligan a la aceptación acrítica de lo planteado por alguien considerado superior, conocedor o digno de admiración o estima. Sin embargo, no sólo el sacerdote transmite dogmas que deberán ser aceptados, asumidos y retransmitidos, sino también los profesores. La escuela se ha convertido en una rara especie de santuario donde los catedráticos —no olvidemos que silla en griego era *edra*; y *cátedra*, el banco o la silla “elevada” desde la cual el maestro explicaba la materia de su enseñanza— *ofician* y *oficializan* el saber que debe memorizarse y repetirse. Por eso, cuando uno se ha enterado de la pretensión de eliminar el aprendizaje filosófico de la educación media superior, no puede menos que indignarse ante tal absurdo y pronunciarse, como lo han hecho

desde un primer momento las asociaciones de filosofía del país, en contra de semejante barbaridad.

Gabriel Vargas Lozano, por ejemplo, ha cuestionado el interés de la Secretaría de Educación Pública (SEP) de nuestro país por que los jóvenes, sin una formación filosófica, se integren “en forma acrítica, alienada y mecánica a las formas de trabajo de la ‘globocolonización’” (Vargas, 2010). Ha defendido igualmente la idea de que una filosofía bien enseñada permite la conformación de una mente libre y creativa, dispuesta no sólo a dialogar y debatir los problemas sociales, sino a enfrentarlos. Concluye diciendo que la filosofía y las humanidades “proporcionan a los individuos armas culturales, históricas y lingüísticas” (Vargas, 2010) indispensables para afrontar los retos de la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

Por su parte, Victoria Camps ha externado que el filósofo se empieza a hacer en el bachillerato. Es ahí cuando, a través de la filosofía y las humanidades, aumenta su

capacidad de atención y aprende a descubrir ideas importantes, a comprender preguntas y dar respuestas individuales y originales. Es ahí donde aprende a dialogar, esto es, a *versar*, a *con-versar* y entrar en *contro-versia*. Es a partir de materias filosóficas o humanísticas: lógica, ética, filosofía, estética, historia, literatura, etc., como los estudiantes aprenden a hablar de diversos asuntos: al compartir sus experiencias, expectativas, temores e intereses con los demás y a defender sus puntos de vista dando razones y aportando ideas propias o ajenas. Es ahí donde han de aprender a citar ideas de diversos autores y a argumentar, discutir de manera autónoma y pensar con cierta fluidez. Por ello, como bien apunta Enrique Dussel, “Eliminar las disciplinas filosóficas de la enseñanza media superior es traicionar irresponsablemente la posibilidad de tomar conciencia de los fundamentos de autodeterminación crítica y ética de la tecnología, la economía y la política del país” (Dussel, 2009).

Ahora, si bien el filosofar tiene que ver con el difícil arte de preguntar, debatir y criticar, debemos reconocer que estos aspectos son aprendidos –o no– en la familia, la escuela, la sociedad. En consecuencia, cabe decir que promover la ausencia de la filosofía en el plan de estudios



Con el poeta y dramaturgo Raúl Cáceres Careño, el cronista universitario Inocente Peñaloza García y Germán Iván Martínez.

de la educación media superior tiene que ver no sólo con una fuerte dosis de insensibilidad e ignorancia de parte de las autoridades educativas y, desde luego, del gobierno promotor de semejante imprudencia, sino también con la inhibición de la capacidad autocrítica. Pero esto es entendible. Fernando Cazas lo dice de forma contundente:

Nunca la Filosofía se ha llevado bien con el poder. Nunca una disciplina que promueve el pensamiento crítico, el cuestionamiento, el debate, la búsqueda de la verdad y la justicia, se ha llevado bien con aquellos que se aferran al poder terrenal, que le prodigan sus tronos o sus sillones. Esta era de globalización y posmodernidad no será la excepción. En estos tiempos tampoco los que se apoderan del poder quieren a la Filosofía. (Cazas, 2006:12)

El mismo autor recupera lo que Mauricio Langón, docente y filósofo uruguayo, dice con respecto a la política educativa impulsada por los organismos financieros internacionales –léase Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), Organización Mundial del Comercio (OMC), entre otros– la cual, desde su perspectiva,

tiene por objeto la expansión masiva de un tipo de subjetividad sumisa, que no se espanta, que no se asombra, que no se conmueve y no se mueve; un tipo de subjetividad antifilosófica. Una subjetividad apática, incapaz de sorprenderse por nada, de dudar, de cuestionarse, de advertir problemas, de preocuparse, de tomar posición, de pensar. (Cazas, 2006: 12)

Esta subjetividad antifilosófica sólo cabe pensarla como una obstinación, como un empecinamiento de vivir en el mundo de la inconsciencia infantil. Con ello quiero subrayar que la capacidad crítica y autocrítica, si bien es un atributo exclusivo del ser humano, no es ingénita; se alienta, o no, a través de la educación. En este sentido, Antonio Caso, defendiendo el ánimo y espíritu filosóficos, subrayó hace ya mucho que es justamente esta disciplina la que da templanza al criterio, permite ponderar razones y aquilatar argumentos. Él mismo se refirió a un *heroísmo filosófico* para aludir a una actitud que no por silenciosa está menguada. Para Caso, la filosofía proporciona madurez

de juicio y serenidad; y pese a estar siempre tan lejana, se orienta a la verdad. Bajo su óptica:

[...] la verdad, al menos la verdad humana, no es definitiva ni estática, como no es estático ni definitivo el mundo a que se refiere. La verdad “se está haciendo” y el mundo también.

Todo cambia. Lo único que no varía es el anhelo de variar. Todo se muda y se transforma; lo que permanece invariable es el movimiento y la transformación. (Caso, 2001-I: 169)

Asimismo, y como anticipándose a nuestros días, sostuvo: “Quien ambicione el quietismo interior de la mente, la sólida estabilidad, el descanso muelle y fácil –corruptor del pensamiento como de la actividad psíquica en general–, no ha de preocuparse con el estudio de las cuestiones filosóficas” (Caso, 2001-I: 168).

Dicho lo anterior, es importante advertirles a quienes embisten a las humanidades, y en particular a la filosofía, que si su pretensión es que la irreflexión se haga costumbre, eso no pasará. Tenemos que decirles –una vez más– que están equivocados, que siempre hará falta el pensamiento y la crítica que promueven aquéllas y ésta.

Fernando Cazas dice –y dice bien– que la filosofía no ha muerto ni ha perdido vigencia, y nos exhorta a hacer hasta lo imposible para que la muerte de Sócrates y la de tantos otros no sea en vano. Esto nos invita a no ser indolentes frente a lo que pasa en torno nuestro. Si acaso debemos tener calma será para dar pasos aún más firmes.

Recordemos las palabras de Antonio Caso, para quien en todo filósofo debe privar este talante: “Vivid quietos, ¡sí!, pero como la flama que parece no moverse, exteriormente, y vibra en toda la intimidad de su ser. Ésta es la única quietud posible para la intrepidez flamígera del pensamiento” (Caso, 2001-I: 169-170). LC

BIBLIOGRAFÍA

- Bochenski, J. M. (1976), *Introducción al pensamiento filosófico*, Pequeña Biblioteca Herder, Barcelona, Herder, Núm. 31 [Trad. Daniel Ruiz Bueno].
- Calvo, José María (2003), *Educación y filosofía en el aula*, Barcelona, Paidós.
- Camps, Victoria (1993), *La filosofía: Hablando con Victoria Camps*, Madrid, Acento Editorial.
- Caso, Antonio (2001), "El heroísmo filosófico", en José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno*, México, T. I, FCE.
- Cazas, Fernando (2006), *Enseñar filosofía en el siglo XXI. Herramientas para trabajar en el aula*, Buenos Aires, Lugar Editorial.
- Duncan, Ronald y Miranda Weston-Smith (comps.) (1996), *La enciclopedia de la ignorancia. Todo lo que es posible conocer sobre lo desconocido*, México, FCE [Trad. Roberto Helier].
- Dussel A., Enrique (2009), "¿Por qué la filosofía?", *La Jornada*, 02/05.
- García Morente, Manuel (1975), *Lecciones preliminares de filosofía*, México, Porrúa.
- Guthrie, W. K. C. (1973), *Los filósofos griegos de Tales a Aristóteles*, Colección Breviarios, México, FCE, Núm. 88 [Trad. Florentino M. Torner].
- Moore, T. W. (1998), *Introducción a la filosofía de la educación*, México, Trillas [Trad. y rev. téc. Francisco Cabrera Ramos].
- Nicol, Eduardo (1990), *Formas de hablar sublimes. Poesía y filosofía*, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Filológicas, México, UNAM, Núm. 16.
- Platón (2000), *Teeteto*, Biblioteca Básica Gredos, Madrid, Gredos [Intr., trad. y notas de A. Vallejo Campos].
- Ramos, Samuel (1993), *Historia de la filosofía en México*, Col. Cien del Mundo, México, CNCA.
- Revel, Jean-François (1974), *Los filósofos: ¿para qué?*, México, Editorial Extemporáneos.
- Unamuno, Miguel de (1993), *Del sentimiento trágico de la vida*, Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo, Barcelona, Planeta-Agostini, Núm. 17.
- Vargas Lozano, Gabriel (2010), "La SEP y la eliminación de las humanidades", *La Jornada*, 29/06.